

Tú decides si quieres dar el el paso

¿QUEDAMOS ESTA NOCHE?



un relato de

RAFAEL BELDA ROS

*El amor tiene dos medios finales:
uno el tuyo, y otro el mío*

Rafael Belda Ros

¿Quedamos esta noche?

© Todos los derechos reservados

© Rafael Belda Ros, 2020

rafaelbeldaros@gmail.com

www.rafities.com

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada,

En toda historia hay un punto de inflexión que brinda la oportunidad de seguir adelante o abandonar. Raúl y Tina sospechan que entre ellos existe una fuerza extraña que los separa, y, sin embargo, saben que si continúan juntos vivirán la mayor historia de amor de sus vidas. En este relato tú decides si quieres dar el paso para conocer La fórmula del amor.

¿Quedamos esta noche?

¿Quedamos esta noche?

RAFAEL BELDA ROS

Los surcos negros se retorcían involuntariamente sobre la nada, dando forma a cada sentimiento reprimido sobre el papel, curvándose y retorciéndose, plasmando su ser, su tristeza, en un simple dibujo, sin aparente sentido.

—¡Señorita Tina, esto no es clase de pintura!

Se sobresaltó al oír aquella voz partiendo la punta del lápiz.

—¿Quiere hacer el favor de estar presente? —continuó el profesor— ¿O le destruyo todos esos malditos dibujos?

Advertía cada movimiento de su boca, pero no entendía qué quería decir, cual espectadora de cine mudo sin ganas de leer.

—Aunque siempre está a tiempo de recuperar. Puedo ofrecerle unas clases muy privadas en mi habitación y aprueba en todas las materias —se burló.

La clase de Estadística estalló en una fuerte carcajada.

Aquella película muda de pronto pudo entenderla: le hundía el lápiz con todas sus fuerzas por una oreja, atravesaba cada pieza de su oído, cada neurona, convirtiendo el simple lápiz en un pincho moruno.

—¿Qué es lo que piensa, señorita Tina? —continuaba con el mismo tono impertinente— ¿Dónde está su cabeza, no la veo por aquí...?

La clase volvió a estallar.

Apresurada recogió los libros, los dibujos, su orgullo y se alzó dispuesta a abandonar la situación.

—¿Oh, será el amor?

El pastor volvió a guiar al rebaño a la peor ironía.

Una vez Tina atravesó el infierno en cuatro zancadas golpeó la puerta sobre el marco con cuanta fuerza pudo. Antes de irse se detuvo un instante para volver a ver esa maldita aula desde el cristal.

—¡Presumes de inteligencia cuándo no ves más allá de tu estúpida arrogancia! ¡Maldito hijo de...!

Con la última frase atrapada entre los dientes echó a correr, arrastrada por su conciencia por todo el pasillo. Resbaló en el descansillo y cayó derramando los dibujos, los espejos de su alma por todo el rellano, decorando aquel tétrico lugar con su arte. Alguien cogió uno de ellos, ofreciéndole su mano al mismo tiempo, sin levantar la vista del papel.

—El amor, siempre el amor —hablaba con una voz insólita—. Tu mente está con él, tu cuerpo perdido y tu alma confusa.

Intentaba ver su cara mientras se levantaba del suelo, pero no podía, ocultaba el rostro tras la hoja, como si formara parte de ella.

—Lo has encontrado, pero temes que no sea cierto —seguía sin dejar de mirar el dibujo.

—¿Quién eres? ¿Cómo sabes todo eso? —preguntó mientras se sacudía los vaqueros.

—Sólo se presenta una vez, no tiene retroceso...

—¿Qué debo hacer? ¡Por favor ayúdame! —Le agarró del brazo —¿Qué camino debo escoger?

—Es el único amor, pero nadie lo advierte, nadie lo conoce, y todos fingen conocerlo.

Le devolvió el dibujo como si ya no le hiciera falta. Dio media vuelta se marchó cabizbajo hablando solo. Era un tipo bastante siniestro a decir por su forma de moverse; su silueta oscilaba

cual sombra en un oscuro callejón; todo cubierto de negro, zapatos negros, pantalones negros, excepto un pañuelo rojo asomado al bolsillo de la chaqueta. Desapareció donde no había luz, disuelto en la penumbra, sin dejar rastro.

Recogió los papeles, incesante en sus pensamientos, intransigente en sus sentimientos. Elaboraba con minuciosidad miles de atajos en los terrenos de su mente. Maquinaba cada imagen, cada palabra, cada detalle, hasta rozar la enajenación. Distinguió un caballo de algodón en el cielo, tan real, tan lejano, tan hermoso. Recreaba sus sentidos, organizaba su memoria en torno a Raúl: cuando compartían esos momentos, cuando el cielo jugaba con las nubes y le daba forma a su antojo, cuando todo era más de lo que era.

El caballo desapareció al cabo de la realidad. Ya no quedaba nada en el firmamento, solo manchas blancas, sin formas, sin sentido, sólo la imagen de Tina. Derramó una lágrima sobre el papel, ahogando un par de palabras de su poesía, de su estupidez. Era estúpido escribir para ella, cuando ella no quería volverle a ver, había alguien antes en su lista de espera, alguien a quien había querido hacía bastante tiempo y había vuelto para trastocarla. Pero hay estaba él, sin dejar de adorarla, encerrado en su habitación, sin dejar de escribir, rodeado de recuerdos, decidiendo entre quererla y odiarla, llamarla u olvidarla, esperarla o escapar.

Sentía como el lamento inundaba su interior, golpeaba la sien con sus olas, sumergía los ojos en su mar, hasta obtener un río por el rostro.

Sonó el teléfono ubicado en la mesilla donde se dedicaba a escribir, e iluminó todo su cuarto. Apresurado descolgó al primer toque.

—¿Cómo estas, Raúl? —Reconoció su voz: era su mejor enemigo, o su peor amigo, Pablo, un tipo sin escrúpulos.

—Mal —suspiró.

—Hay más chicas, no es la única —dijo con sorna.

—Ya, pero es la mía.

—Sí, sí, claro. Todos dicen eso. Claro que sí. Pero, hay chicas mejores, con más... cualidades.

Un corto espacio de silencio acabó con la conversación, de pronto, Pablo transformó su voz:

—¿Entonces no quieres colocarte?

Raúl negó con la cabeza como si pudiera verlo sin usar la cámara.

—Bueno, pues adiós —Colgó sin más.

Llevó las manos a su cabeza. Prensaba el cráneo para aquietar los pensamientos de su cerebro. Quería comprimir cada pensamiento para formar solo uno: olvidarse de ella de una vez. Miró el reloj diez minutos después de haberlo visto. Miró el teléfono otra vez. El reloj, el teléfono, el reloj...

Volvió a derramar otra lágrima sobre la hoja, volvió a pensar en ella, volvió nueve meses atrás cuando unos desconocidos se conocieron, y con solo mirarse a los ojos conocieron el amor.

Volvió a manar el agua tibia de sus ojos. Recogió todas las poesías, las guardó en el bolsillo de su pantalón y bajó a la calle para respirar el aire fresco del anochecer. Condujo su coche rojo un buen rato, con la vista perdida, lejos del asfalto, del acero, donde no llega el ojo humano. Se detuvo en una playa, su playa desierta, donde solía ir con Tina para contemplar el cielo, el mar, la arena, donde contemplaban la vida mutuamente, despojándose de la piel y el orgullo.

Se quitó los zapatos para sentir la arena húmeda en sus pies, entre sus dedos. Anduvo por toda la orilla esquivando las olas, hasta llegar al arrecife. Se sentó en cuclillas en una roca junto al mar, escondido en la noche. Buscó en sus bolsillos algo para fumar; los volvió del revés tirando a la arena todo lo que guardaban. Las llaves del coche, algún chicle de menta y las poesías que fueron llevadas por el viento. Intentó recogerlas, pero fue inútil, desaparecieron en la noche. El

sonido de unos pasos llamó su atención. Volvió la cabeza. Un extraño se acercaba con las hojas en las manos. Leía en voz alta. Raúl se estremeció al oír dicha voz.

Aquel extraño se movía demasiado bien en la noche; leía en plena oscuridad, vestido de su color, como si formara parte de ella; se aproximaba con el rostro oculto entre los poemas sigiloso cual sombra ingrávida. Al final se detuvo frente a él.

—El amor —le habló escondido en la penumbra—. Hay más, pero no es lo mismo. La quieres.

—Sí —afirmó.

—Siempre intento advertir a la gente cuando llega, pero todo el mundo me ignora, solo ven la carne: son arrastrados por el deseo, por el interés personal o social...

—¿Quién es usted? —interrumpió.

—Pero eso caduca —siguió como si no hubiera oído nada—. Vuelven a ser arrastrados de nuevo, creyendo que conocen el amor. Juegan, son llevados por las olas hasta ahogarse en el mar. Confunden el amor verdadero por el interesado.

—¿Quién es usted? —repitió mostrándose más inquieto.

—¡Siempre hay más de todo! ¡Hay más fruta, más dulces, más días! ¡Pero más, no es ella!

—Por favor, ¿qué es lo que quiere? ¡Déjeme en paz maldita sea! —se levantó de la roca, asustado.

El hombre retrocedió un paso, confuso, arrepentido por su comportamiento tal vez intimidante.

—Puede que lo deje —susurró—. Estoy perdiendo el tiempo. No sé por qué me molesto. Esto ya no funciona. —retrocedió otro paso, dubitativo.

—No entiendo nada. ¿Qué se propone?

—Me habéis conocido ambos. Ya se ha producido el milagro. Ahora depende de vosotros. En vuestra mano queda el destino. El destino sois vosotros.

Le devolvió las poesías para desaparecer igual que vino.

De pronto aquel paisaje encantador fue tornado siniestro. El sonido del mar golpeando las rocas, el silbido del viento entonando otra canción. Todo le perturbaba. Sentía escalofríos.

Decidió volver a casa para hacerse un vaso de leche, tumbarse en la cama y procurar dormir.

Tina no podía separar a su perro de la pata de la cama; se había aferrado a la madera incrustando los dientes.

—Panchito, te quiero —musitó mientras tiraba de él.

Su voz suave siempre surtía efecto. Panchito, soltó el barroto. La miraba radiante de alegría como si quisiera iluminar su nostalgia.

—¿Qué debo hacer? Le quiero, pero estoy confundida, me ha vuelto a llamar Ray, ha vuelto mi pasado.

Panchito le dedicó una sonrisa; su mirada era comprensiva y brillante.

—Quizás me odie, debería suicidarme. ¿Me muerdes la yugular?

Panchito dio un salto escandalizado y se marchó a la carrera con torpeza. Se llevó por delante todo lo antepuesto a su paso. Parecía como si en realidad no le hubiera gustado la sugerencia.

Tina apagó la luz, tendida entre de almohadas, inmersa en la difícil tarea de decidir cuál de ellas abrazar: ¿la antigua o la nueva? Una almohada era más grande, otra más pequeña. La cama era demasiado pequeña para dos almohadas. Las golpeó, las echó al suelo, las volvió a coger y las volvió a golpear, hasta quedar rendida. Cerró los ojos abrazada a las dos. Pensaba en el trascurso de sus veinticuatro años. Dio paso al subconsciente, dirección hacia esos caminos desconocidos e ingobernables.

El extraño hombre de negro emergió junto a su cama mientras ella dormía. Le arrebató

cuidadosamente las almohadas para acomodarlas bajo su cabeza. Apaciblemente sacó de su bolsillo algo parecido a un pañuelo rojo y lo colocó sobre el pecho de Tina. La forma se asemejaba a un corazón humano. Llevaba impreso el nombre de Raúl junto a sus poesías, sus sentimientos, sus recuerdos, sus deseos. El extraño hombre, dejó que se fundiera el tejido con el calor del cuerpo, absorbido por su piel, su carne, cual helado en verano, hasta desaparecer por completo digerido por el propio corazón de Tina.

Raúl estaba dormido, tirado en el suelo sobre una manta, a medio vestir, cubierto de papeles y fotografías, con los brazos en cruz y la cabeza sobre un zapato. El hombre lo contemplaba en un silencio que casi quebrantaba con una carcajada. Volvió a sacar otro corazón de trapo, marcado ahora con el nombre de Tina, con sus dibujos, sus escritos. Lo dejó sobre su pecho cuidadosamente. Absorto en su trabajo, vio como era absorbido totalmente. Así, con la satisfacción de cumplir con su trabajo abandonó su casa en completo silencio.

Despertó perdido en el suelo envuelto en su desorden, con la imagen de Tina grabada en su mente. Miró el reloj. Saltó para alcanzar el teléfono. Impaciente, marcó su número y esperó. Comunicaba. Domingo a las ocho de la mañana y comunicaba. Colgó decepcionado, maldiciéndolo todo.

¿Con quién hablaría a esa hora? ¿Decidió por fin?

Ella no lo podía creer, Raúl comunicaba a esas horas. Colgó decepcionada, del mismo modo maldiciendo.

¿Con quién hablaría a esa hora? ¿Decidió por fin?

Tina volvió a intentarlo. El corazón quería escapar de su pecho. Respiró profundamente.

Sonó el primer tono.

Tina, esperó.

Raúl, esperó.

Ambos esperaban inmersos en una lucha de llamadas recíprocas. Parecía una improbable casualidad, pero ambos se llamaban al mismo tiempo.

Así, no desistían en sus respectivas llamadas, hasta que uno de ellos consiguió resonar al otro lado de la línea.

—Soy yo, Tina.

Hubo un segundo de silencio disfrazado de hora.

—Te quiero —suspiró ella—. Te quiero.

Volviéron a enmudecer como si todas las palabras fueran ahogadas en una sopa cual ambos degustaran plácidamente.

—¿Cómo estás, Tina?

—Bien, supongo. Te quiero.

Raúl empezó a dudar qué quería decir con eso y si en realidad lo decía en serio.

¿De veras lo quería?

—Te quiero —contestó.

Removieron la sopa hasta obtener algo interesante en la cuchara. Tina habló:

—Temo al futuro, a lo que pueda pasar.

—Yo temo al pasado, a lo que pueda volver a pasar.

—Raúl, creo que he tenido un sueño muy extraño.

—Yo también, presiento haber soñado algo muy raro .

—Tina.

—Siempre puede haber una cita que lo cambie todo.

—Tina. ¿Quedamos esta noche?

En el parque a altas horas de la noche, sentado en un banco, el extraño hombre vestido de negro observaba a una pareja de enamorados como se comía a besos. Ataban sus almas y sus cuerpos, fundidos en un único ser dispuesto a enfrentar la vida; un ser perdido en el tiempo, ajeno al devenir, imborrable en el universo de la memoria; un ser inaccesible a cualquier otra persona que no fuera Raúl y Tina, al menos durante esa noche.

—¿Mereció la pena? —titubeó el hombre, mientras emigraba hacia la más absoluta oscuridad que tantos misterios seguiría revelando en adelante.

¿Quieres conocer La fórmula del amor?

¡NO TE PIERDAS LA NOVELA!

